

# Idas y vueltas en el desarrollo rural. De la diversificación de las economías locales a lo rural como categoría económica global (\*)

MANUEL T. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ (\*\*)

## 1. ECONOMÍA, TRABAJO Y TERRITORIO: ITINERARIOS DE IDA Y VUELTA

Desde la lógica de la sociedad moderna e industrial, el espacio rural era considerado como marginal y periférico, un lugar de expulsión que se expresaba a través del fenómeno del éxodo rural. En este artículo se expondrá que los espacios, sociedades y economías rurales españoles han estado sometidos a una serie de profundos cambios que se han concentrado en cuatro grandes ejes: reestructuración y diversificación, intervención estatal, integración social y semantización (González Fernández, 2002). Cambios y procesos semejantes a los acaecidos en las áreas rurales de otros países europeos que, entre otras consecuencias, han motivado que la categoría rural haya pasado de una representación decadente a convertirse, en determinados ámbitos, en etiqueta de valor: en el plano simbólico, en el patrimonial, por criterios ambientales, de sociabilidad.

Este hecho no hace sino apuntar profundas mutaciones en los contenidos, atributos y en la propia naturaleza de las categorías socio-espaciales. Murdoch y Pratt (1997) hablan de un cambio en las concepciones del espacio, desde modelos cerrados y jerarquizados a un «espacio fluido» donde «nada está netamente empaquetado en interiores y exteriores, Iguales y Otros, aquí y allá» (Ibid.: 63). Lo rural, según estos autores, ya no puede ser visto como un espacio estático,

---

(\*) Muchos de los contenidos del presente artículo han podido ser incorporados gracias a la colaboración de Luis Camarero, a quien este autor desea expresar aquí su agradecimiento.

(\*\*) Universidad Pablo de Olavide de Sevilla.

cerrado y aislado, sino que «es contingente, fluido, desvinculado de cualquier punto de referencia socioespacial estable o necesario. Sus significados se afirman relacionalmente [...] y son específicos para cada situación» (Ibid.: 58).

Por ello comenzaré apuntando una serie de indicios, con evidentes implicaciones económicas y laborales, que dan verosimilitud a ese tipo de afirmaciones. Son algunos rasgos que, lejos de demostrar la irrelevancia de las categorías espaciales, resaltan su significatividad a la hora de explicar determinados procesos sociales. Pero no de manera unívoca ni monolítica. En primer lugar, porque los espacios rurales o urbanos no son internamente homogéneos. A su vez, las características diferenciales entre unos y otros ya no siguen la trayectoria constante y lineal que dibujaba la teoría del continuum. Como corresponde a una sociedad itinerante (Vicente-Mazariegos, 1991) que se soporta sobre un «espacio fluido», tales trayectorias son multidireccionales, a veces incluso discontinuas. De ahí que podamos utilizar conceptos como el de nomadismo laboral (Pedreño, 1999), que no hacen sino poner de manifiesto las numerosas tendencias o procesos que, metafóricamente, he denominado «de ida y vuelta» y que nos obligan a una consideración compleja y abierta de las relaciones entre la sociedad y los espacios rurales.

El ámbito de los desplazamientos entre la residencia y el trabajo (*Commuting*) es suficientemente conocido y, a su vez, expresivo del grado de movilidad que encontramos en las sociedades contemporáneas. Con todo, nos depara una sorpresa, al menos frente a las representaciones del sentido común: la movilidad, que históricamente habíamos vinculado a lo urbano (1), es en la actualidad proporcionalmente mayor entre los residentes del rural y, particularmente, entre las mujeres (ver gráfico 1), que son quizás el grupo donde más intensos han sido los cambios en su condición sociolaboral (Sampedro, 1996).

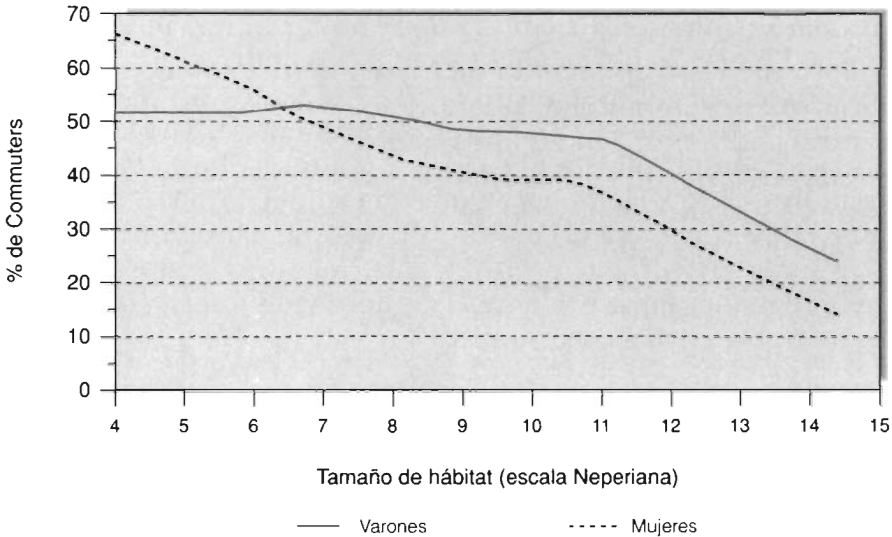
Otro dato relevante en este sentido es que si bien sólo un 5,5 de los ocupados que residen en zona urbana trabajan en la zona rural, más de la mitad de los que residen en el rural van a trabajar a un municipio urbano (cuadro 1). Ello hablaría, entre otras cosas, de dónde se localizan más oportunidades de empleo, en términos absolutos, pero

---

(1) En el capítulo 4 del libro «Sociología y ruralidades» (González Fernández, 2002) se realiza, desde un caso monográfico, una crítica de las perspectivas históricas que atribuyen un carácter excesivamente inmobilista y homogéneo a las sociedades rurales en general y a las denominadas como «tradicionales» en particular. Con todo, no parece necesario extenderse a la hora de demostrar la diferencia –al menos– cuantitativa que en términos de movilidad se establece entre la sociedad contemporánea y las precedentes.

Gráfico 1

**Tasas de commuter por tamaño de hábitat y sexo**



Fuente: Camarero y González Fernández, 2005. Censos de Población 2001, INE. Elaboración propia.

también del alcance de los procesos de contraurbanización. Es decir, una parte de los desplazamientos de las zonas rurales a las urbanas vendrán impuestos por el patrón más clásico de la búsqueda de empleo allá donde la oferta es mayor, pero otra parte es el resultado del deseo o la oportunidad de fijar la residencia en un ámbito rural. Si nos fijamos en dónde trabaja la población ocupada en lugar de donde reside (cuadro 2), será más fácil observar como la gente va y

Cuadro 1

**PORCENTAJE DE RESIDENTES –OCUPADOS– SEGÚN ZONA DE TRABAJO (2)**

	Residentes en zona urbana	Residentes en zona rural
Trabajan en municipio rural	5,50	48,54
Trabajan en municipio urbano	94,50	51,46
<b>Total</b>	<b>100</b>	<b>100</b>

Fuente: Censos de Población 2001. INE. Elaboración propia.

(2) Si bien en el texto se defiende una definición de lo rural en términos sociales –en cuanto «categoría social»–, de cara a la operacionalización del concepto en el caso de los datos numéricos, se ha optado por el criterio más extendido entre los investigadores del campo de las ciencias sociales en la actualidad de considerar como rurales los municipios menores de diez mil habitantes.

viene de lo rural a lo urbano y de lo urbano a lo rural: cerca de un 20 por ciento de los trabajadores rurales reside en zona urbana y una proporción parecida de los trabajadores urbanos procede del medio rural. La diferencia entre ambas tablas puede no ser obvia, aunque es significativa. En el caso del cuadro 1 se toma como base para el cálculo de los porcentajes el número total de residentes ocupados según zona rural o urbana –4.872.772 en la primera y 10.394.990 en la segunda–, mientras que en el cuadro 2 se utiliza el número total de trabajadores –2.937.415 lo hacen en zona rural y 12.330.347 en zona urbana–. De esa manera el cuadro 1 ofrece una panorámica más global, centrada en el lugar de residencia, mientras que el cuadro 2 expresa de manera más evidente la composición interna de los mercados de trabajo urbanos y rurales.

Cuadro 2

### PORCENTAJE DE TRABAJADORES SEGÚN ZONA DE RESIDENCIA

	Trabajadores en municipio rural	Trabajadores en municipio urbano
Residencia urbana	19,48	79,66
Residencia rural	80,52	20,34
<b>Total</b>	<b>100</b>	<b>100</b>

Fuente: Censos de Población 2001. INE. Elaboración propia.

Los datos aportados, si bien dibujan grandes tendencias sin atender a situaciones particulares o diferenciadas, ayudan a comprender hasta qué punto los procesos de movilidad y deslocalización relacionados con el trabajo ponen de manifiesto una cada vez mayor indiferencia espacial en términos físicos y estructurales, junto a una cada vez mayor significatividad del espacio en términos sustantivos. Dicho de otra manera, cada vez nos movemos más y cuesta menos moverse, pero ello no significa que nos movamos de manera azarosa o aleatoria por un espacio homogéneo o vacío: los movimientos están llenos de contenido y sentido.

La agricultura es una actividad a la que presumiblemente le deberían afectar menos el tipo de procesos que hemos llamado «de ida y vuelta», en la medida en que aparenta ser más difícilmente deslocalizable por razones obvias. Sin embargo, se convierte en paradigma de todo lo contrario; es así cuando observamos que no sólo aproximadamente la mitad de los agricultores (un 44,6 por ciento) residen en medio urbano, sino que justamente son los más jóvenes quienes así lo hacen.

Cuadro 3

### GENERACIÓN Y ZONA DE RESIDENCIA DE LOS AGRICULTORES

	Agricultores urbanos	Agricultores rurales	Total	% de agricultores urbanos
16-19	17.274	13.077	30.351	56,9
20-24	44.352	34.248	78.600	56,4
25-29	57.315	47.079	104.394	54,9
30-34	59.184	57.663	116.847	50,7
35-39	56.877	67.694	124.571	45,7
40-44	49.434	67.519	116.953	42,3
45-49	40.218	59.455	99.673	40,3
50-54	36.720	62.149	98.869	37,1
55-59	33.489	62.974	96.463	34,7
60-64	24.524	49.679	74.203	33,0
De 65 y +	11.357	13.645	25.002	45,4
<b>Total</b>	<b>430.744</b>	<b>535.182</b>	<b>965.926</b>	<b>44,6</b>

Fuente: Camarero y González Fernández, 2005.  
Censos de Población 2001. Elaboración propia.

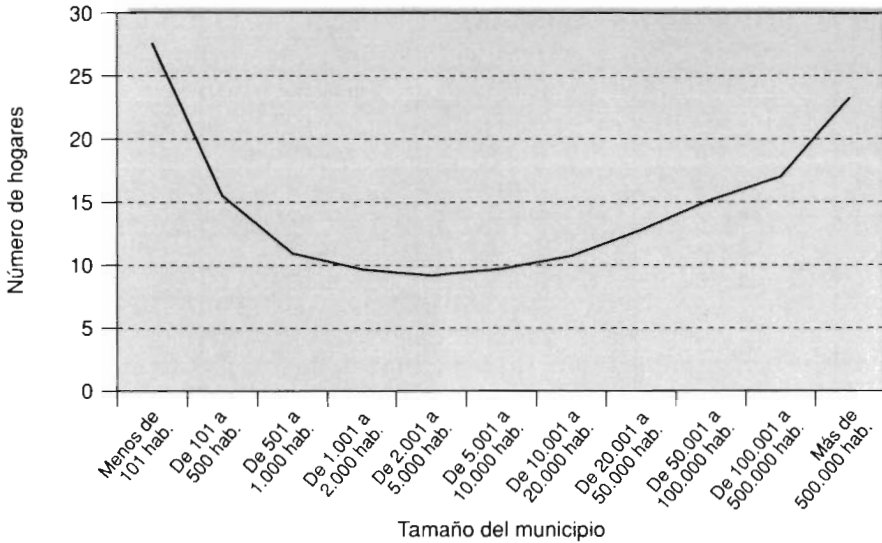
Un análisis más detallado muestra que, además, existe una distribución diferencial de los agricultores en el hábitat en función de éstas y otras características demográficas, profesionales y sociológicas, como estatus profesional o etnia (Camarero y González Fernández, 2005). Sobré este extremo volveré a hacer hincapié más adelante.

Otro tipo de flujos de los espacios rurales a los urbanos, o viceversa, son aquellos que tienen que ver con las actividades de ocio y de consumo en general, las cuales pueden responder a un patrón estacional o semanal. Muy relacionada con éstos se encuentra la disponibilidad de segundas residencias, que a su vez tiene una importancia decisiva en relación con la disponibilidad de empleo en el sector de la construcción.

Del 15 por ciento de los hogares españoles con segunda residencia, un 4,1 por ciento de los rurales y un 5,9 de los urbanos la tienen ubicada en una zona rural; es mayor el porcentaje de hogares con segunda residencia urbana, tanto entre los rurales –un 7,5 por ciento– como los urbanos –un 8,8–. Curiosamente, como se observa en el gráfico siguiente, llama la atención que sean las familias que residen en los municipios más pequeños, y en menor medida en los más grandes, quienes en mayor proporción disponen de segundas residencias.

Gráfico 2

**Proporción de hogares con segunda residencia según tamaño del municipio de la vivienda principal**



Fuente: Censos de Población 2001, INE. Elaboración propia.

Una vez más nos encontramos con el tamaño como criterio diferenciador, pero no en un sentido lineal. Lo pone en evidencia el mayor peso de la segunda residencia urbana entre quienes residen en los municipios más pequeños, un fenómeno vinculado a la inversión, al estudio de los hijos, o bien a que la antigua residencia principal —a menudo urbana— se convierte en secundaria en el caso de los emigrantes retornados.

Como consecuencia de todo lo anterior, ¿qué ha ocurrido para que lo rural, aun mostrando rasgos diferenciales, se haya alejado tanto de la imagen tópica que ofrecían los clásicos de la sociología rural y de los estudios de comunidades? Una serie de procesos interrelacionados y multidimensionales (económicos, culturales, políticos...) que serán revisados a continuación.

## 2. PROCESOS EXPLICATIVOS: DESAGRARIZACIÓN

La ruptura paulatina con una base material esencialmente agraria en las zonas rurales se ha denominado desagrarización, aunque quizás en primer término fuese ante todo una «descampesinización». Y es así porque supuso la práctica desaparición, en los países occidentales, de una forma de organización social y productiva familiar en la

que se establecía un estricto «balance entre lo que se trabaja y se consume, lo cual determina, en gran parte, el volumen de la actividad económica familiar» (Chayanov, 1985: 39) (3). Ello se debió a dos procesos integrados dentro del vasto programa de la modernización: el éxodo rural junto a la progresiva tecnificación y orientación industrial de la agricultura. Este último proceso fue conocido, de forma absolutamente reveladora, como «modernización agraria». Modernizarse o morir, es el lema que podría expresar la ideología de la época desarrollista: sólo aquellas zonas rurales susceptibles de integrarse en la lógica productiva –por no decir productivista– global (4) podrían subsistir. El despoblamiento y el abandono era el destino reservado al resto. Pero las crisis estructurales de la agricultura, acentuadas a partir de los años ochenta, pondrían en cuestión la orientación concreta que había adquirido la modernización, planteada como único camino hacia la supervivencia del medio rural.

Así, en los países occidentales y particularmente en España, iría descendiendo el número de personas ocupadas en la agricultura mientras, paradójicamente, tenía lugar un incremento de la producción y, sobre todo, de la productividad agraria. Esta es una tendencia histórica, ligada al proceso de modernización agraria que arranca de mediados del siglo XX, la cual no es tan visible como los efectos de la desagrarización. Para hacerla más evidente se presenta el gráfico 3, el cual utiliza la Encuesta de Población Activa y muestra la situación a partir del año 1988.

A lo largo de la segunda mitad del siglo XX, la vieja economía campesina habría venido dando paso, por tanto, a una «agricultura moderna, industrializada, con un peso relativo muy pequeño dentro del conjunto del sistema productivo, fuertemente conectada hacia delante y hacia atrás con el resto de las actividades económicas y con una función global muy diferente en la economía» a la que tenía en etapas precedentes (Abad y G<sup>a</sup> Delgado, 1990: 121).

Con todo, esta clara mejora de la eficiencia técnica de la agricultura no ha llevado aparejado un cambio en las representaciones de la agricultura y lo rural. Es más, comienza a hacerse dominante una imagen colectiva de «desruralización» de la agricultura eficiente, fundamentada en factores objetivos que se han apuntado más arriba,

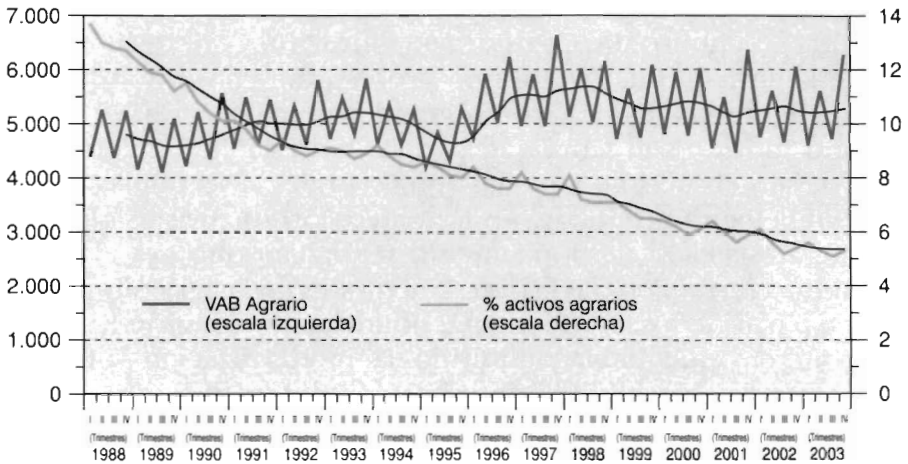
---

(3) Sobre la definición del término «campesinado» y sobre el papel histórico de éste se estableció, durante casi un siglo, un profundo debate «encarnado por autores como Chayanov, Kautsky, Shanin, Wolf...

(4) Se podría plantear que la agricultura aspiraba entonces a integrarse en el modelo o régimen de acumulación fordista, conjunto de formas productivas, de regulación y de consumo que propiciarían la etapa de crecimiento que conocieron las sociedades occidentales desde la Segunda Guerra Mundial a la crisis de los años 70.

Gráfico 3

### Evolución de la producción agraria y de la ocupación agraria en España



Nota: VABPB a precios constantes en miles de millones de pesetas.  
 Sobre las series se ha representado la media móvil de cada cuatrimestre.  
 Fuente: Camarero y González Fernández, 2005.  
 VABPB Agrario: Contabilidad Nacional CNTR. INE.  
 Activos Agrarios: EPA. INE.

los cuales se concretan en el equilibrio numérico entre agricultores que residen en zonas rurales y urbanas (55 por ciento frente al 45 por ciento según el censo de 2001). Ello se ve reforzado, en el caso de los urbanos, por una mayor juventud, menor grado de masculinización, y mayor presencia de los colectivos más tecnificados y de quienes ocupan las actividades de gestión. Frente a ese panorama, tal y como se ha señalado en otro lugar (Camarero y González Fernández, 2005), los envejecidos agricultores rurales se dedican a cultivos relativamente cómodos, de escasa inversión y riesgo y mecanizados para evitar la contratación de mano de obra.

Por eso puede resultar paradójico que la imagen de decadencia productiva que domina respecto a los espacios rurales no se exprese en términos absolutamente fatalistas, sino que se complementa con un ruralismo nostálgico que es, precisamente, el que explica la puesta en valor que en las dos últimas décadas ha conocido la ruralidad, o al menos algunas de sus expresiones.

Precisamente esta última circunstancia –la disonancia entre determinados procesos estructurales y las representaciones colectivas más



extendidas— nos acerca a comprender la verdadera naturaleza de lo rural, a través de una definición de ese objeto que ha de comenzar a escribirse teniendo en cuenta que sobre el espacio físico se constituye el espacio social: la sociedad se despliega, a través de diferentes formas, sobre el espacio físico, transformándolo, delimitándolo, llenándolo de contenidos, valores y sentidos. Llamamos territorio a ese espacio socialmente producido —tanto en el aspecto físico y material como en el plano inmaterial— y dotado de significados.

Una definición que empieza, por tanto, reconociendo la naturaleza social de lo rural. Lo rural, como las nacionalidades o las diferencias locales, es una categoría socioespacial definida histórica e intersubjetivamente, de manera cambiante y plural por tanto. Una categoría que contiene a una notable y creciente diversidad de agentes, actividades, y escenarios o situaciones. Una categoría, al fin, contingente y fluida pero no etérea o abstracta, pues sus atributos en cada momento y en cada contexto geográfico son el resultado de una producción social continua: material, política, cultural... (M. Philips, 1998) la cual remite tanto a lo que ocurre en los espacios locales como en la escala global.

Desde esa perspectiva, en la que se abandona la explicación exclusivamente agrarista, podemos entender el cambio paulatino pero sustantivo que se ha producido en las representaciones sociales de la ruralidad y de las economías rurales, las cuales han pasado del dominio casi absoluto de una imagen decadente y marginal a una creciente valoración. Un valor que, como se ha planteado en otros lugares (González Fernández y Camarero 1999, González Fernández 2002), tiene mucho que ver con la función que la ruralidad desarrolla en la construcción de las identidades en las sociedades postindustriales, así como por su carácter *representacional* (5), es decir, por servir de referente de modos alternativos para la organización de la vida social, fundamentalmente en lo relativo a una mayor sociabilidad y calidad de vida.

Parece obvio que sólo teniendo en cuenta este tipo de cuestiones conceptuales, en definitiva resolviendo el reto de qué se entiende por rural y demostrando la relevancia sociológica de esta categoría, se puede avanzar en la complicada tarea de entender los diferentes procesos que definen los rasgos de las economías y los mercados de trabajo rurales. Unos rasgos que, en su formulación más básica, ade-

---

(5) Siguiendo a Henry Lefebvre, autores como John Urry y Marc Mormont suscriben la idea de que «la ruralidad es, primeramente, la representación del tipo deseado de organización socioeconómica» (Mormont, 1987: 19).

más de remitir a los cambios en el sector agrario, lo hacen también al impacto de la globalización al tiempo que persisten y se promueven diferencias locales; a la movilidad; al cambio cualitativo y cuantitativo de las formas de intervención estatal; a la preponderancia de los servicios y, consecuentemente, al despliegue en determinados ámbitos de una «economía inmaterial» o de las experiencias.

### 3. LA DIVERSIFICACIÓN ECONÓMICA RURAL

Si realizamos una aproximación principalmente descriptiva a las transformaciones recientes de las economías y los mercados de trabajo rurales, nos encontramos con que la contrapartida del proceso de desagrarización es la diversificación que éstos conocen. Toda una corriente de los estudios rurales, conocida como «Rural Restructuring» (Marsden, Lowe y Whatmore, 1990) y muy emparentada con la economía política, se ha dedicado a analizar tales transformaciones, sus causas, así como las consecuencias sociales que tienen para las áreas rurales. Los procesos de reestructuración rural son a menudo entendidos como «respuestas relacionadas con lo rural a los procesos globales de cambio» (Ibid.: viii). Si bien es cierto que el enfoque de la reestructuración surge con un significado muy restringido, vinculado a la propiedad, usos de la tierra y regulación de la agricultura, iría ampliando progresivamente su significado pese a mantener el mismo significante

La perspectiva de la reestructuración, por tanto, pretendería traducir al ámbito rural los grandes procesos de reorganización capitalista acaecidos tras las crisis de los años setenta del siglo XX: globalización, flexibilización productiva y laboral, descentralización, sustitución del modelo keynesiano de intervención estatal por el neoliberal, terciarización, diversificación y segmentación de mercados... Tales procesos inciden sobre un sustrato común a las áreas rurales de las sociedades capitalistas avanzadas, como es el dominio histórico de la producción agraria. La cual, pese al proceso de desagrarización, conserva todavía una gran importancia tanto «social e ideológicamente» como en el uso y control de la tierra. Sin embargo, como se ha visto, a medida que esa importancia decrece, el espacio rural se ha ido reorientando hacia otras producciones primarias y hacia la satisfacción de «roles de consumo diferenciados», lo que «crea oportunidades de acumulación nuevas y específicamente locales, nuevas identidades y procesos de reproducción social» (Ibid.: 12), siendo la especificidad y diversidad de situaciones reconocibles en las áreas rurales explicadas en referencia a sus rasgos particulares, fruto de su pasado histórico (Bradley y Lowe, 1984)

En consecuencia, los teóricos de la reestructuración identifican una serie de ámbitos en los que las áreas rurales se ven afectadas por la propia reestructuración capitalista: cambios tecnológicos en la agricultura; cambios en el empleo y en la organización espacial del sector secundario y terciario –los cuales permiten integrar a las poblaciones y a la mano de obra rurales–; cambios en el uso de las zonas rurales, cada vez más orientadas al consumo, el ocio, la protección ambiental y, en consecuencia, a su uso residencial –lo que explica los procesos de contraurbanización a que se ven sometidas–; etcétera.

En la línea de una progresiva extensión del término reestructuración, en otro lugar (Camarero y González Fernández, 2005) se ha hablado incluso de «reestructuración ampliada», insistiendo en la referencia a las transformaciones estructurales generales de las economías y sociedades rurales, consideradas de manera integrada con los grandes procesos de cambio a escala global. La acción de todos esos procesos, también en el caso de la ruralidad española, se ve reflejada en la progresiva terciarización de su economía, con lo que muestra un rasgo típico de las sociedades postindustriales. Pero no estamos ante una reconversión en exclusiva al sector servicios, ya que en la misma medida que se ha producido la desagrarización tienen una presencia consistente y a menudo creciente las actividades secundarias de la industria y la construcción.

Cuadro 4

ACTIVIDAD DE LOS OCUPADOS POR RAMA DE ESTABLECIMIENTO 2001

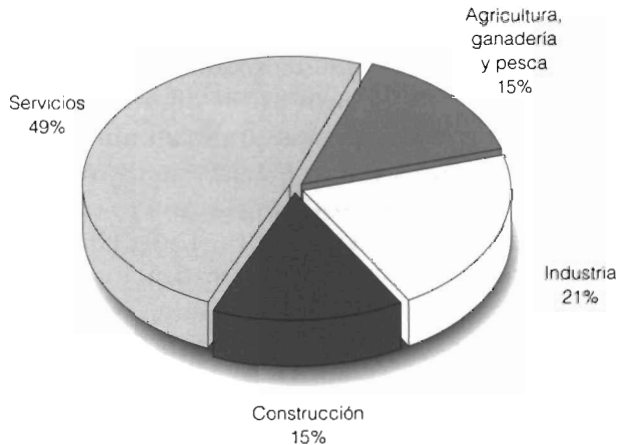
Tamaño del municipio	Agricultura ganadería y pesca	Industria	Construcción	Servicios
Hasta 2000 hab.	20,83	18,64	14,59	45,93
Hasta 10.000 hab.	15,33	20,80	14,98	48,88
Más de 10.001 hab.	3,79	17,67	10,82	67,72
<b>Total</b>	<b>6,34</b>	<b>18,36</b>	<b>11,74</b>	<b>63,56</b>

Fuente: INE. Censo de Población y Vivienda 2001. Elaboración propia.

Como consecuencia de ello, el análisis de los mercados de trabajo rurales –como afirma J. Oliva en su obra «Mercado de trabajo y reestructuración rural»–, «ya no puede ser concebido desde una perspectiva agrocéntrica y local»: «La diversificación de los mercados de trabajo ha proporcionado una especificidad diferencial a cada uno de ellos, producto de la intersección entre complejos procesos de

Gráfico 4

**Actividad de los ocupados residentes en municipios menores de 10.000 habitantes por rama de establecimiento. 2001**



Fuente: INE. Censo de población y viviendas 2001. Elaboración propia.

reestructuración económica nacional e internacional y su adecuación a las especificidades locales. Se trata de sociedades conectadas por la generalización de los medios de transporte y comunicación» (Oliva, 1995: 97).

En definitiva, la reestructuración –desde esa perspectiva ampliada– ha supuesto una nueva forma de conexión e integración de las economías y los mercados de trabajo rurales en el sistema económico global, siendo el incremento de la movilidad de personas, mercancías e información un elemento central a la hora de apuntalar todas esas transformaciones. En ese marco se ha producido la diversificación de sectores y actividades, la reorganización y diferenciación local en torno al empleo –siendo la incorporación de las mujeres al trabajo asalariado, con la consiguiente feminización de ciertos sectores y actividades, uno de sus elementos más llamativos–, la aparición de actividades innovadoras –muchas de ellas vinculadas al sector terciario– y un nuevo reparto de papeles en la división espacial del trabajo, tanto a nivel interno –entre las distintas localidades que componen un municipio o una comarca rural– como externo.

Desde este punto de vista más formal y estructural, también ha de reconocerse el cambio en las formas de intervención de uno de los agentes económicos más relevantes, como es el Estado, a través de sus

distintas instancias administrativas. La intervención estatal ya tenía un alto grado de intensidad en el ámbito rural desde mediados del siglo XX, pero en los últimos quince años ha conocido un cambio cualitativo (Moyano, 2000), abandonando su tutelaje en determinados ámbitos de la actividad mercantil y productiva –también en la agricultura– para adoptar un papel cada vez más definido por la planificación, la regulación y la promoción de determinadas orientaciones de desarrollo, a menudo dirigidas –al menos en el plano del discurso político– por los principios «posproductivistas» o de la también llamada «multifuncionalidad». También es relevante, en este sentido, la tendencia a la descentralización que se conoce en las estructuras administrativas de la mayoría de los países occidentales. Todo ello se concreta en la creciente intervención administrativa, fiscalización y regulación de las actividades económicas, en el incremento de las agencias administrativas con presencia en el ámbito rural (UE, Estado, Autonomías...), y supone una mayor diversificación de las funciones de la administración a escala local, amén de nuevas formas de gobernabilidad –como los grupos de acción local–. Sumando nuevas formas de regulación, así como la planificación y promoción del desarrollo, entre otras, a la más clásica función de dotación de infraestructuras.

#### 4. LA INTEGRACIÓN SOCIAL DE LAS ECONOMÍAS RURALES

La perspectiva de la reestructuración enfatiza los aspectos más tangibles y formales de las transformaciones acaecidas en lo rural, su dimensión más marcadamente estructural y material. Incluso se le puede achacar una cierta univocidad al considerar tales cambios como «respuestas a procesos globales» (Bradley y Lowe, 1984). Por tales motivos, un enfoque sociocultural y antropológico puede constituir un buen complemento a la línea teórica y empírica de la reestructuración, pues en combinación con ella permite una aproximación integral al objeto de los cambios socioeconómicos del rural y, por consiguiente, de los mercados de trabajo (6).

Una perspectiva de esa naturaleza contribuiría a explicar los procesos de construcción social de la ruralidad y la economía. Ya que la referencia al constructivismo, al utilizarse con contenidos y significados diversos y dispares, se ha vuelto últimamente un recurso tópico, manido y, en consecuencia, vacío de contenido, parece necesario clarificarla.

---

(6) *Marc Mormont (1987, 1990, 1996 y 1997), Keith Halfacree (1993 y 1997) y John Urry (1995) son algunos de los representantes más influyentes del tipo de aproximaciones a la problemática rural que, en un sentido amplio, se podría denominar como constructivistas. Para una revisión más pormenorizada de estas orientaciones ver González Fernández, (2002).*

Hablar de la construcción social de la realidad no implica caer en el idealismo o el subjetivismo como a menudo hacen algunos de los partidarios del constructivismo o, sobre todo, como denuncian sus críticos haciendo una lectura superficial de esta orientación (7). Una aproximación constructivista implica aceptar la incidencia de los procesos sociales en la definición de la realidad en general y de los propios objetos científicos en particular, a través de mecanismos que a veces son materiales y objetivos, pero en otras ocasiones son de naturaleza inmaterial y subjetiva. Se posiciona así frente a lo que B. Latour llama «fundamentalismo científico», que implica ceñirse a las formas materiales, racionales y objetivas como únicas científicamente relevantes, reales en definitiva, dando además por supuesta la neutralidad e «inocuidad» de las propias ciencias.

Ese tipo de planteamientos fundamentalistas han arraigado con especial fuerza en el ámbito de la ciencia económica –la Economía con mayúscula–. Por ese motivo, la representación de la vida económica –la economía con minúscula– que sostienen las lecturas más convencionales y ortodoxas de la ciencia económica se diferencia bastante de la realidad. Estas defienden la separación radical entre economía y sociedad, basándose en la idea de la «excepcionalidad económica», según la cual se concebiría la acción económica como «un tipo de conducta esencialmente maximizadora y racional [...] diferente de todos los demás tipos de comportamiento humano» (Swedberg y Granovetter, 1992: 6-7). Desde esa perspectiva, la vida y la acción económicas se desarrollarían en «mercados idealizados de competencia perfecta». En éstos, los distintos actores –siempre individuales y definidos desde una «concepción de la acción humana atomizada, infrasocializada» (Granovetter, 1992: 55-56)–, serían prisioneros de leyes ciegas y ajenas a la voluntad humana.

Muy al contrario, la economía real es el producto de la acción, no siempre racional ni previsible, de agentes sociales que buscan su máxima relevancia (8) actuando a menudo de forma colectiva o

---

(7) *Más que superficial, poco comprensiva y discutible es la crítica de Hoggart y Paniagua (2001) tanto al alcance de la reestructuración en España –que se basa en una concepción excesivamente restrictiva del propio concepto de reestructuración–, como al carácter antes «adjetivo» que «sustantivo» (2002) de la propia categoría rural, lo que no hace sino poner de manifiesto una cierta pervivencia de las orientaciones materialistas –por no decir sustantivistas– en el estudio de lo rural, pese al soslayamiento que la mayor parte de las grandes corrientes teóricas de la Sociología contemporánea realizan de las dicotomías material-ideal, objetivo-subjetivo y otras similares.*

(8) *«El hombre actúa, no tanto para mantener su interés individual de poseer bienes materiales, cuanto para garantizar su posición social, sus derechos sociales, sus conquistas sociales. No concede valor a los bienes materiales más que en la medida en que sirven a este fin» (Polanyi, 1989: 87).*

*«Desde una perspectiva sociológica, está claro que la acción económica no puede, en principio, ser separada de la búsqueda de aprobación, estatus, sociabilidad y poder.» (Swedberg y Granovetter, 1992: 7).*

insertos en redes relacionales estables. La construcción o integración –*embeddedness*– social de la economía implicaría la trascendencia de las instituciones y relaciones sociales a la hora de abordar la comprensión de los fenómenos económicos.

De ahí que, junto a los procesos de reorganización de las economías y los mercados de trabajo rurales que se inscriben en el marco de la reestructuración capitalista global, haya que prestar atención a los mecanismos de integración social de la economía y el trabajo. Estos son especialmente fuertes en las sociedades rurales por la pequeña escala y la personalización de las formas de sociabilidad, las cuales con frecuencia adquieren la forma recíproca, de contacto cara a cara entre los agentes económicos.

Ya Karl Polanyi había identificado que la reciprocidad, junto con la redistribución y el cambio mercantil, era uno de los patrones o «formas de integración» que regulan los sistemas económicos y, en consecuencia, las formas históricas cambiantes de relación entre economía y sociedad (Polanyi, 1989). Si bien Polanyi opina que la reciprocidad es particularmente importante en las sociedades primitivas, otros investigadores han defendido la persistencia de los aspectos relacionales en las economías contemporáneas. Así, Swedberg y Granovetter afirman que «la acción económica se halla socialmente situada y no puede ser explicada únicamente en referencia a motivos individuales. Se halla inserta en redes dinámicas de relaciones personales antes que desplegada por actores atomizados. Por red entendemos un conjunto regular de contactos o conexiones sociales semejantes entre individuos o grupos. La acción de un miembro de una red se halla inserta (*embedded*), porque se expresa en interacción con otras personas» (Swedberg y Granovetter, 1992: 9). Enzo Mingione, por su parte, destaca la vigencia en la economía actual de los factores de tipo comunitario y recíproco, es decir, aquellos que se establecen entre un número «limitado de individuos que, como mínimo, conocen específicamente la existencia de los otros y establecen contactos personales más o menos frecuentes con ellos» (Mingione, 1991: 65).

La relevancia y funcionalidad de la integración de las economías locales se pudo comprobar con ocasión de las crisis de mediados de los setenta del pasado siglo, cuando a través del modelo de los distritos industriales italianos (Becattini, 1988) se observó la importancia sinérgica de las relaciones de interdependencia que se establecen entre la población, el territorio, las empresas y las administraciones locales. Asimismo, la trascendencia de los factores institucionales, normativos, relacionales, morales o comunicativos para la vida económica y el desarrollo, es también puesta de manifiesto a través de la

reinterpretación contemporánea del concepto de «capital social» (Putnam 2002, Woolcock, 1998).

La importancia de los mecanismos informales y personales de regulación de las actividades económicas y laborales es una de las consecuencias más visibles de la reciprocidad y la integración social para las economías y los mercados de trabajo rurales. Mecanismos que tienen que ver, muy a menudo, con el carácter familiar que adquieren muchas de las actividades económicas en el rural. Otras consecuencias son la interdependencia de las diferentes actividades y la necesidad de compatibilización entre ellas debido a su adscripción a un ámbito local restringido. Esa interdependencia se traduce, a menudo, en trasvases de capital entre sectores y actividades –pues pueden formar parte de complejas estrategias familiares– y en la dependencia que los productos o servicios ofertados desde esas distintas actividades tienen de la imagen colectiva –territorial– en cuanto generadora de sinergias.

##### **5. CAMBIOS EN LA «DIMENSIÓN INTANGIBLE» DE LA ECONOMÍA RURAL: SEMANTIZACIÓN**

Precisamente la cuestión de la vinculación entre la imagen territorial y la valoración de los productos locales pone en evidencia la importancia de los elementos significativos en el desarrollo económico. Las consecuencias concretas y tangibles de lo que, en cierto modo irónicamente, he denominado como dimensión intangible en el título de este apartado. Así, junto con el «redescubrimiento» de la integración social de la vida económica, diferentes autores e investigadores han señalado la creciente incorporación de elementos simbólicos y culturales, a los objetos económicos, lo que podríamos llamar «semantización» de la economía.

La semantización ha propiciado que en las sociedades postindustriales se haya producido una territorialización y segmentación estructural de la economía, los mercados y las formas de consumo, al mismo tiempo que han tenido lugar los procesos de globalización y homogeneización. Baudrillard (1987) advertía, hace más de treinta años, que la utilidad fundamental de los objetos es la de actuar como discriminantes de clase, reafirmando y reforzando el estatus de quien los disfruta o posee. El consumo se convierte, según él, en estrategia política, donde detrás de las lógicas formales –estética de los objetos, valoración de las prácticas– se esconde una lógica de clase.

Pero nos equivocaríamos si pensásemos que sólo los objetos materiales actúan como símbolos de estatus. En la sofisticada economía



contemporánea, a la que algunos llaman postfordista, esa función la realizan, también y cada vez más, prácticas, estilos de vida o artefactos culturales, como por ejemplo las prácticas deportivas, de ocio, los viajes.

Todo ello contribuye a dotar de una mayor trascendencia a la procedencia de los objetos económicos y al lugar donde se realicen las prácticas de consumo. Lo que permite hablar, precisamente, de una economía de signos y espacios (Lash y Urry, 1996). A ello han contribuido, entre otros factores, los procesos de descentralización administrativa y económica. Esto ha propiciado el reconocimiento y promoción de las llamadas economías territoriales, en las que resulta clave el origen de los productos o la localización de una determinada práctica. Hasta el punto de que se haya hablado de «consumo de lugares» (Urry, 1995).

El turismo rural es un buen ejemplo de lo que estamos comentando (González Fernández, 2001). De este tipo de actividad se puede decir que tiene más nombre que sustancia, al menos en lo que afecta a su potencial económico en el medio rural: ha sido considerada como paradigma de la reconversión de las economías rurales, se promociona a través de los programas de desarrollo, se habla continuamente de ella en los medios de comunicación, se editan guías y libros al respecto... pese a que su entidad en el conjunto de las economías y los mercados de trabajo rurales en España es más bien escasa. Según datos del Instituto de Estudios Turísticos en 2004, sólo el 3,7 por ciento de los viajes internos de los españoles tenían como destino una casa rural, aunque esas cifras subían al 13,5 en Asturias, 11,4 en Navarra y 11 por ciento en Cantabria. La Encuesta de Ocupación en Alojamientos de Turismo Rural (INE, 2005) pone de manifiesto que el turismo rural es una actividad reducida e insuficiente, donde los 16104 ocupados que hubo de media en el año 2005 trabajaban en 9623 establecimientos –no llegando así a 2 trabajadores por establecimiento–. De ellos, el 68 por ciento son los propios empresarios y el resto se dividen entre un 21 por ciento de trabajadores fijos y un 11 por ciento de eventuales. La poca entidad de esta modalidad turística se comprueba al constatar que a cada trabajador le correspondían, ese mismo año, 5 habitaciones y 31 pernoctaciones. El turismo rural es también una actividad básicamente familiar, aún se podría decir más: suele ser parte de una estrategia familiar con una marcada división sexual del trabajo, de lo que da fe que dos tercios de los ocupados sean mujeres. De hecho, ni siquiera los establecimientos que entran dentro de la categoría estricta de «turismo rural» representan un nicho laboral con entidad dentro de los aloja-

mientos ubicados en el medio rural, pues el trabajo en turismo rural suponía en 2001 sólo el 18 por ciento del total de alojamientos hoteleros en áreas rurales (9).

Y si todo esto es así, ¿por qué se habla de él constantemente? El turismo muestra como la importancia simbólica de las actividades económicas del rural trasciende lo estrictamente económico o mercantil, incluso al propio territorio rural. Desarrolla, como en otro sentido la propia agricultura, una función básicamente paradigmática e identitaria: el turismo rural tiene poca «sustancia» material, pero es esencial en la creación de una imagen global positiva –incluso idílica– del medio rural y de los valores que a él se asocian, en cuanto valores globales.

Por tanto, la semantización de las economías rurales ha resultado, en primer lugar, en el reforzamiento del papel del territorio como soporte de significados, con la consiguiente transferencia de los valores territoriales a los productos o servicios. Esto ha motivado un creciente énfasis en la elaboración simbólica de estos, así como de la propia imagen territorial. Con todo, las economías simbólicas son frágiles, pues en ellas se produce una cierta tensión entre su éxito y la masificación y banalización que puede llevar aparejado, dado el carácter segmentado y a veces elitista –como soporte de procesos de diferenciación social– de determinadas formas contemporáneas de consumo. De ahí la importancia de la (auto)regulación de los agentes y las actividades económicas, que se establece fundamentalmente a través de mecanismos identitarios. La identidad se entiende así como un referente normativo que sirve unas veces como herramienta de resistencia frente a la homogeneización, mientras otras es un elemento funcional para la cohesión social y el crecimiento económico.

## 6. CONCLUSIONES: LO RURAL COMO CATEGORÍA ECONÓMICA GLOBAL

En definitiva, nos hallamos ante un contexto socioeconómico global en el que los elementos significativos –no necesariamente materiales– sirven de expresión y soporte a la diferenciación social a través del consumo y los estilos de vida asociados a éste. Formas de consumo y estilos de vida que se ponen en práctica en determinados lugares socialmente sancionados como singulares –en relación con sus valores naturales, históricos...– y/o exclusivos, al ser apropiados por

---

(9) En 2001 había 7.973 ocupados en turismo rural y 44.549 en CNAE-551 Hoteles (Censos de Población 2001. INE).

un grupo social específico que aspira a poner en práctica en ellos modos de vida particulares o alternativos. Éstos han sido denominados como espacios representacionales, lugares simbólicamente connotados desde los que se busca transformar los modos básicos de organización social, a través de nuevas formas de sociabilidad, de consumo, de residencia... Lo que al final no hace sino «deslocalizarlos», hasta convertirlos en referentes identitarios globales. No cabe duda de que lo rural representa un ejemplo diáfano de este tipo.

Así se puede comprender que el valor económico que tiene la ruralidad, en cuanto referente simbólico, trascienda incluso al ámbito que geográficamente se define como rural. Esto es, que existan numerosas actividades económicas que, desarrolladas fuera de lo rural, obtengan un beneficio del interés que en la actualidad despierta esta etiqueta: editoriales, consultoras, operadores e intermediarios turísticos, productoras audiovisuales, etc.

Todo ello apunta a que, en el contexto de grandes transformaciones que dibujan los procesos hasta ahora reseñados, el espacio se ha de considerar en un doble sentido, que es a su vez aparentemente paradójico: por un lado, pues se hace cada vez menos relevante dada la aparición de una cultura global, como resultado de la creciente movilidad de personas, objetos e información; por otro, pues se produce un reforzamiento de lo local, de la diferenciación: incluso una reivindicación del localismo a escala global.

La ruralidad es cada vez más, por consiguiente, una categoría global, tanto en términos sociales como económicos: pese a que no se puede negar la importancia de los elementos y procesos materiales, cada vez más inmaterial y pese a la importancia de lo local, cada vez más desterritorializada.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABAD, C. y GARCÍA, J. L. (1990): «La agricultura y la alimentación: una nueva etapa de cambio estructural» en García Delgado, J. L.: *Economía española de la transición y la democracia*. CIS. Madrid.
- BAUDRILLARD, J. (1987): *Crítica de la economía política del signo*. s. XXI. Madrid.
- BECATTINI, G. (1988): «Los distritos industriales y el reciente desarrollo italiano». *Sociología del Trabajo*, 5.
- BRADLEY, A. y LOWE, P. (eds.) (1984): *Locality and rurality: economy and society in rural regions*. Norwich, Geo Books.
- CAMARERO, L. y OLIVA, J. (2005): «Los Paisajes Sociales de la ruralidad tardomoderna». *Atlas de la España Rural*. Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación: 426-435.

- CAMARERO, L. y GONZÁLEZ, M. (2005): «Los procesos recientes de transformación de las áreas rurales españolas: una lectura desde la reestructuración ampliada». *Sociología. Revista de la Facultade de Letras. Universidade de Porto*, 15: 95-123.
- CHAYANOV, A. V. (1985): *La organización de la unidad económica campesina*. Nueva Visión. B. Aires.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, M. (2001): «Identidade e territorio nas economías simbólicas. A experiencia do sector turístico». En Bouzada, X.: *Cultura e desenvolvemento local* Santiago de Compostela. Consello da Cultura Galega.
- (2002): *Sociología y Ruralidades. La construcción social del desarrollo rural en el Valle de Liébana*. Madrid, MAPA.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, M. y CAMARERO, L. A. (1999): «Reflexiones sobre el desarrollo rural: las tramoyas de la Posmodernidad». *Política y Sociedad*, 31.
- GRANNOVETTER, M.: (1992): «Economic Action and social structure: the problem of embeddedness». En Grannovetter, M. y Swedberg, R.: *The sociology of economic life*. Westview Press. Boulder.
- GRANNOVETTER, M. y SWEDBERG, R. (1992): *The sociology of economic life*. Boulder. Westview Press.
- HALFACREE, K. H. (1993): «Locality and social representation: space, discourse and alternative definitions of the rural». *Journal of Rural Studies*, vol. 9, 1.
- (1997): «Contrasting roles for the post-productivist countryside. A post-modern perspective on counterurbanisation». En Cloke, P. y Little, Jo: *Contested Countryside Cultures*. Routledge, Londres.
- HOGGART, K. y PANIAGUA, A. (2001a): «What rural restructuring?». *Journal of Rural Studies*, 17.
- (2001b): «The restructuring of rural Spain?». *Journal of Rural Studies*, 17.
- JOURNAL OF RURAL STUDIES (2004): «The economic diversity of Rural England: stylised fallacies and uncertain evidence». *Journal of Rural Studies*, 20: 263-272.
- LASH, S. y URRY, J. (1996): *Economies of signs and spaces*. Londres. Sage.
- LEFEBVRE, H. (1974): *La production de l'espace*. Paris. Anthropos.
- MARSDEN, T. (1998): «New rural territories: regulating the differentiated rural spaces». *Journal of Rural Studies*, volumen 14, 1.
- MARSDEN, T.; LOWE, P. y WHATMORE, S. (eds) (1990): *Rural Restructuring: Global Processes and their Responses*. Londres. Fulton.
- MINGIONE, E. (1994): *Las sociedades fragmentadas*. Madrid. M<sup>o</sup> de Trabajo.
- MORMONT, M. (1987): «Rural nature and urban natures». *Sociologia Ruralis*, vol. XXVII - 1.
- (1990): «Who is rural? How to be rural?». En Marsden et al.: *Rural Reestructuring*. David Fulton Publishers, Londres.
- (1996): «Le rural comme catégorie de lecture du social». En Jollivet, M. y Eizner, N. *L'Europe et ses campagnes*. Presses de la Fondation Nationale de Sciences Politiques. París.

- (1997): «A la recherche des spécificités rurales». En Jollivet, M.: *Vers un rural postindustriel*. L'Harmattan, París.
- MOYANO, E. (2000): «Procesos de cambio en la sociedad rural española». *Papers*, 61.
- MURDOCH, J. et al. (2003): *The differentiated countryside*. Londres. Routledge.
- MURDOCH, J. y PRATT, A. (1993): «Rural Studies: modernism, postmodernism and the post-rural». *Journal of Rural Studies*, 9: 409-427.
- (1994): «Rural Studies and Power the power of rural studies: A reply to Philo». *Journal of Rural Studies*, 10: pp.83-87.
- (1997): «From the power of topography to the topography of power». En Cloke, P. y Little, Jo: *Contested Countryside Cultures*. Londres. Routledge.
- OLIVA, J. (1995): *Mercados de trabajo y reestructuración rural*. MAPA. Madrid.
- OLIVA, J. y CAMARERO, L. (2001): «Shifting rurality: The Spanish Countryside after De-peasantisation and De-agrarianisation», en Granberg, L.; Kovach, I. And Tovey, H. *Europe's Green Ring*. Aldershot, Ashgate.
- (2002): *Paisajes Sociales y Metáforas del Lugar*. Pamplona, UPNA.
- PANIAGUA, A y HOGGART, K. (2002): «Lo rural, ¿hechos, discursos o representaciones? Una perspectiva geográfica de un debate clásico». *Información Comercial Española*, 803.
- PEDREÑO, A. (1999): *Del jornalero agrícola al obrero de las factorías vegetales. Estrategias familiares y nomadismo laboral en la ruralidad murciana*. Madrid. MAPA.
- PHILIPS, M. (1998): «The Restructuring of Social Imaginations in Rural Geography». *Journal of Rural Studies*, volumen 14, 2.
- POLANYI, K. (1989): *La gran transformación*. La piqueta. Madrid.
- (1992): «The economy as instituted process». En Grannovetter, M. y Swedberg, R.: *The sociology of economic life*. Boulder. Westview Press.
- PUTNAM, R. (2002): *Democracies in Flux. The evolution of social capital in contemporary society*. New York. Oxford University Press.
- SAMPEDRO, M. R. (1996): *Género y ruralidad: las mujeres ante el reto de la desagrarización*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- SOROKIN, P. y ZIMMERMAN, C. E. (1929): *Principles of rural-urban sociology*. Henry Holt and Co. Nueva York.
- URRY, J. (1995): *Consuming places*. Routledge. Londres.
- VICENTE-MAZARIEGOS, J. (coord.) (1991): «Las trayectorias de la Ruralidad en la Sociedad Itinerante». *Política y Sociedad*, 8.
- WOOLCOCK, M. (1998), «Social capital and economic development: toward a theoretical synthesis and policy framework». *Theory and Society*, 27.

## RESUMEN

### Idas y vueltas en el desarrollo rural. De la diversificación de las economías locales a lo rural como categoría económica global

Históricamente, hablar de economías o mercados de trabajo rurales ha supuesto, en el plano conceptual, adscribirlos a una escala territorial estática, cerrada, dependiente. Este artículo, desde una perspectiva que privilegia el ámbito económico y laboral, intenta poner de manifiesto cómo la ruralidad española se ha desterritorializado al tiempo que acentuado el localismo; cómo, además, ha globalizado y homogeneizado algunos de sus rasgos a la vez que se ha incrementado la disparidad de situaciones que en ella se pueden encontrar. Con ese fin se describe de qué manera el medio rural ha transformado, diversificado y complejizado su base material mientras, de forma interrelacionada, han ido adquiriendo cada vez más importancia los aspectos inmateriales y simbólicos en la economía. Todo ello, se plantea, es fruto de los procesos de desagrarización y reestructuración, de las políticas estatales de acento territorial, así como de la integración y la semantización económica.

**PALABRAS CLAVE:** España, desarrollo rural, mercados de trabajo, reestructuración, cambio cultural.

## SUMMARY

### Back-and-forth within rural development. From local economies diversification to the globalization of rurality as an economic category

Rurality has been traditionally defined as a close, static and subordinate reality. This picture, however, is no longer accurate. Spanish countryside has been transformed, diversified and has become increasingly complex. From the economic and labour market points of view, it can be argued that Spanish rurality has get rid of territorial burdens, while localism has increased at the same time; furthermore, Spanish rurality has become more global and homogeneous in some aspects, but more diverse in others. Therefore, this article looks at the consequences of desagrarization and restructuring processes that have taken place within Spanish rurality. It also takes into account the territorial approaches of public policies. Finally, it considers the embeddedness and strengthening of symbolic values within Spanish rural economy.

**KEYWORDS:** Spain, rural development, labour markets, restructuring, cultural change.